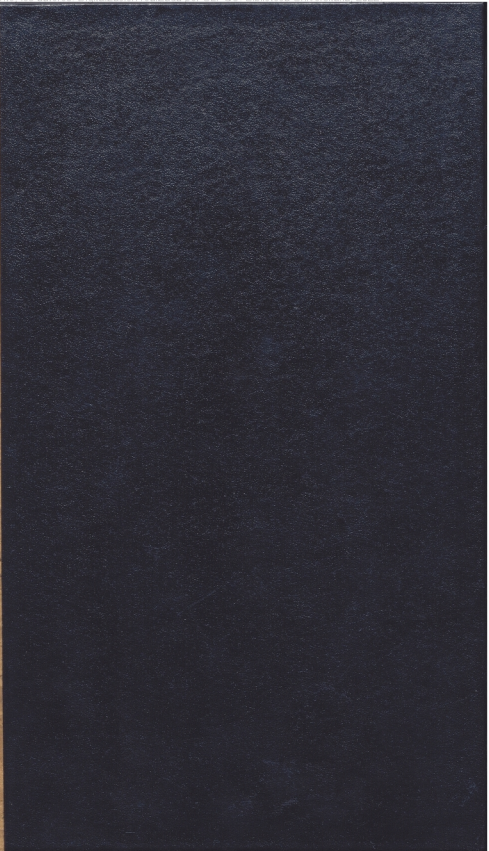




4



BIG
CIX-2
PEÑ
san

A. PEÑA Y GOÑI

SANTILACO ESTRADA



Y









Cop. 848398

125
C. 4. 48
n. 84

SANTIAGO ESTRADA

ESTUDIO BIBLIOGRÁFICO

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI



BARCELONA—1889

IMPRESA DE HENRICH Y C.^A EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMIREZ Y C.^A

Pasaje de Escudillers, 4

A Leopoldo Calzado, catinero
recuerdo de sus apuros
León
de Fea y Juan
A Francisca y de la de 1899

ESTUDIO BIBLIOGRAFICO



SANTIAGO ESTRADA

ESTUDIO BIBLIOGRÁFICO

POR

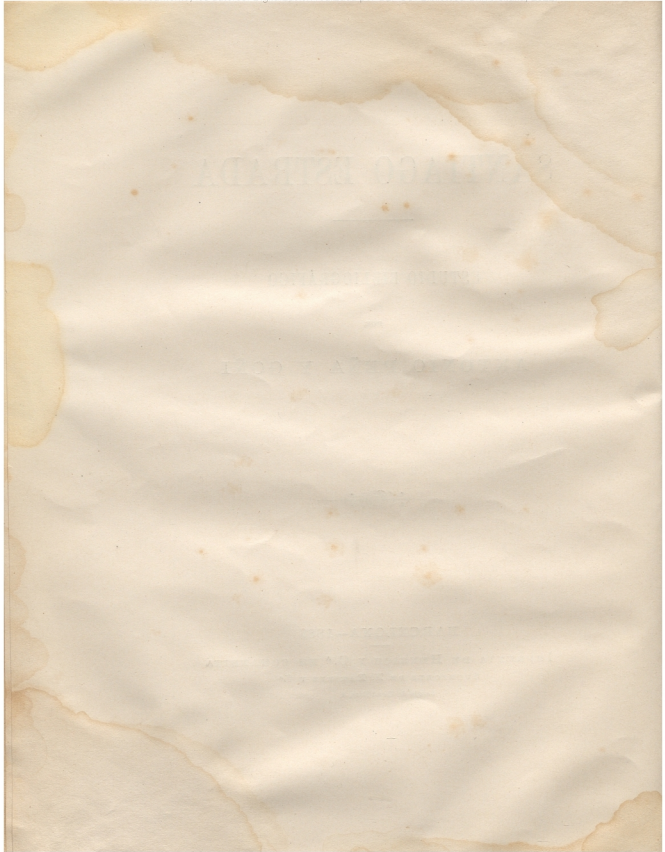
ANTONIO PEÑA Y GOÑI

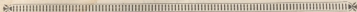


BARCELONA—1889

IMPRESA DE HENRICH Y C.^A EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMIREZ Y C.^A

Paseo de Escudillers, 4





SANTIAGO ESTRADA

ALLÁ por los años de 1858-60 publicóse en Madrid una obra literario-musical de cuyo título no quiero acordarme, á pesar de que figura desde hace bastantes años en mi biblioteca.

Un aficionado á esta clase de trabajos quiso, antes de comprar el libro, conocer la opinión de Ventura de la Vega, y pidió su parecer al autor de *El hombre de mundo*.

—No lea V. ese libro,—dijo inmediatamente Ventura de la Vega.

—¿Lo conoce V.?

—¡No, no lo conozco, pero conozco al autor!

Por paradójico que pueda estimarse el juicio de Ventura de la Vega, hay que confesar, sin embargo, que el conocimiento del hombre ayuda en ocasiones á un estudio fructuoso del artista, y que entre el carácter y las vicisitudes de la vida del primero y la naturaleza especial de las obras del segundo, existen

afinidades y conexiones; faros luminosos que guían á la crítica y son su norte más eficaz.

Al tratarse de la obra de Estrada me encuentro en la misma situación que Ventura de la Vega, puesto que soy el encargado de contestar *à priori* á las preguntas del lector.

Y contesto á ellas decididamente:

—Lea V. este libro, léalo V. y me dará las gracias, porque lo conozco y conozco también á su autor.

—Y ¿quién es el autor?—me preguntará alguno.

Si quien pregunta es argentino, la contestación es ociosa, porque conocerá á Estrada tan bien ó mejor que yo.

Si es español y le sabe á nuevo el nombre de Santiago Estrada, óigame y vea si lo que le cuento le abre el apetito literario y le convida á ser comensal de un banquete del cual es Estrada distinguidísimo y pródigo anfitrión.

Un Rothschild octogenario explicaba su longevidad, con esta frase:

—Yo no he tenido en toda mi vida más que un médico: mi cocinero.

Acérquese el lector á la mesa de Estrada y coma sin cuidado, que los manjares que sirve el ilustre escritor argentino se parecen, como una gota de agua á otra, á los que aparejaba y condimentaba el cocinero de Rothschild.

* * *

Conocía yo de nombre á Estrada hace años y había tenido frecuentes ocasiones de leer sus artículos de crítica musical, en *El Diario de Buenos Aires*.

Varios artistas del teatro Real que habían cantado durante algunas temporadas en los teatros de la capital de la República Argentina, mandábanme desde allí copias del periódico citado, y, merced á esta circunstancia, pude entrar en relaciones espirituales con Estrada.

De regreso á Madrid esos artistas, al hablarme del público de Buenos Aires y enterarme del estado en que se encontraban en tan remotos climas la afición á la música y la literatura musical, hacíanse lenguas de las dotes que, como crítico musical, adornaban á Santiago Estrada; y las opiniones de tiples y tenores, de barítonos y contraltos, formaban enco-miástico unison en loor de la inteligencia del escritor y de las condiciones del cumplido caballero.

Elena Theodorini y Roberto Stagno, sobre todo, no sabían hablar de Buenos Aires, sin mentar á Estrada; y cuantas conversaciones entablé con ambos artistas, sobre la capital de la República Argentina y sus usos y costumbres teatrales, iban siempre á parar á un mismo nombre: Estrada *quà*, Estrada *là*, Estrada *sù*, Estrada *giù*, no había modo de impedir que Estrada fuese condimento obligado de todos nuestros coloquios.

Por tales referencias supe que Estrada me conocía, como yo le conocía á él, que tenía mis libros y folletos y se ocupaba de ellos con inmerecida benevolencia.

Estábamos, pues, separados por enorme distancia, pero unidos por vínculos literarios, por afinidades de sentimiento estético que nos hacían amigos, sin haber-nos tratado nunca, ni haber tenido la menor correspondencia.

Delfino Menotti, el joven baritono tan simpático como inteligente que el público del teatro Real ha aplaudido en la última temporada, acababa, como quien dice, de desembarcar, de regreso de Buenos Aires, cuando le conocí en Madrid.

También él me habló inmediatamente de Estrada, pero con el aditamento importantísimo de que lo vería en breve, puesto que se hallaría en Europa para principios del año actual y pasaría el invierno en la corte de España.

Una noche, en el teatro Real, me dijo Menotti á quemarropa.

—Estrada se halla en Madrid y viene mañana á comer conmigo. No le digo á V. más.

Y, en efecto, no tuvo que añadir palabra para que, al siguiente día, me encontrase yo en casa de Menotti á la hora de comer.

Iba, al fin, á conocer personalmente á Santiago Estrada; iba á juzgar por mí mismo el fundamento de los elogios que los artistas de ambos sexos prodigaban á porfía al crítico argentino; iba, en una palabra, á verificar, en la franqueza y las libertades de un ambiente amistoso, aquello que las nieblas del alejamiento habían dejado en fantástica penumbra.

Llegó Estrada y Menotti me presentó á él. ¡Oh decepción! Cuando creía yo que pronunciar mi nombre y caer Estrada en mis brazos, sería obra de un instante, me encontré tan sólo con un ceremonioso saludo que me dejó á veinte grados bajo cero.

¿Era aquél, Santiago Estrada? ¿Era aquél el literato que conocía al dedillo, según me habían asegurado los cantantes, todas mis modestas obras, y me

había erigido un nicho, para mí muy halagüeño, en el altar de sus devociones?

Y al venir á Madrid y verme por vez primera, ¿me recibía con un pequeño movimiento occipital, frío, seco, displicente, hecho al desgaire y como para salir del paso?

¡Mi gozo en un pozo! Maldije de los cantantes, adúladores eternos y sempiternos; pensé que me habían engañado, dándome *aquel jabón* para estimular mi benevolencia, y á punto estuve de pretextar una indisposición y desaparecer como fugaz relámpago.

Contúveme, no obstante, porque lo inesperado de la decepción despertaba en mí un vivo interés, y nos sentamos á la mesa. Entonces pude examinar á mis anchas al personaje.

Era un hombre alto y grueso, de anchas espaldas, grande el pecho y echado hacia adelante. Lo moreno de su tez, que parecía aireada por los ventados del Atlántico, prestábale cierto aspecto de colono enriquecido, y entre la abundancia de sus carnes y la agilidad que denotaban todos sus movimientos, había hermosa ponderación reveladora de un cuerpo sano y de un espíritu despejado y vigoroso.

En armonía con lo restante del cuerpo, la cara era grande también; y si lo grisiento de la barba y del pelo, un pelo fuerte, abundante y apretado, cortado casi al rape, daba á entender que la juventud existía en aquel hombre á título de recuerdo, lo estirado de la piel y el tono brillante de la carnación vencián, en cambio, á las huellas del tiempo y prestaban al rostro marcado tinte juvenil.

Los ojos garzos, enormes, se divisaban debajo de

las cejas carnudas y proeminentes y movíanse allí en libertad, como amparados por sendas fortalezas que les permitían maniobrar á su antojo.

Cuando se abrían, había en ellos una inmensa expresión de bondad; pero se abrían pocas veces, permanecían generalmente medio cerrados. La mirada adquiría entonces extraña expresión, se fijaba penetrante y dúctil en el objeto ó en la persona, y había en ella la severidad del observador, la sorna del hombre de mundo y la característica doblez del diplomático.

La finura de la nariz y la delgadez de los labios, servían de complemento á aquellas miradas tan pronto suaves como incisivas pero avizoras siempre, y una tersa y espaciosa frente ponía digno remate á la cabeza, prestando á la fisonomía toda atractivo carácter de nobleza y altivez.

Durante la comida rompióse algo el hielo, y Estrada no tardó en entablar conversación conmigo, en el terreno de la más exquisita cortesía.

Amigos ambos de muchos artistas y estrechamente unidos por el culto que rendíamos al arte, hablamos de todo y de todos; pero en medio de la verbosidad del crítico argentino y de la franqueza con que los pareceres se emiten y los coloquios ruedan entre comensales, Estrada no abandonó jamás cierto aire de reserva, cierta diplomática discreción que nos mantenía á distancia honesta de la verdadera intimidad.

Contóme con singular gracejo algunas anécdotas que se referían á cantantes y empresarios italianos, y que el dulce dejo argentino subrayaba con deliciosa intención; hizo gala de su erudición y de su

talento, y, cuando llegó la hora de separarnos, despidióse de mí, entre merced y señoría, fino, atento y cortés en la palabra, pulcro, atildado y sagaz en la expresión.

Me ofreció su cuarto en el Hotel de Roma, prometí hacerle una visita, nos apretamos las manos. — Buenas noches, señor Estrada. — Buenas noches señor Peña, — y, aquí paz y después gloria, nos fuimos cada cual por nuestro lado.

De este modo conocí á Santiago Estrada.

Aquella noche, metido yo en la cama, apagada la luz y abismado en la contemplación de mí mismo, quise desenredar mis impresiones en la más sujeta de las atmósferas.

Me puse á meditar. ¿Podía quejarme de Estrada? Ni por pienso.

La corrección de sus modales; la sutil galanura de cuantos conceptos había emitido, entreverados de tal cual lisonja para mí; la manera, exenta de toda afectación, con que puso de manifiesto su cultura intelectual y habló de los trabajos propios y ajenos; el desembarazo de un hombre avezado como el que más á la vida del teatro, donde se reciben lecciones que curten el corazón, blindan la voluntad y aguzan el entendimiento; todo eso habíame dejado impresión muy favorable y me atraía irresistiblemente hacia Santiago Estrada.

Pero la rigidez mundana del personaje, aquella *pose* correcta y fría que tenía mucho de punzante, cuando se dirigía particularmente á mí, y dejaba entrever algo así como recelo ó desconfianza, me mortificaba en extremo y hería cruelmente mi amor propio.

En el desatinado afán que nos lleva siempre á juzgar al prójimo por nosotros mismos, habíame yo hecho la ilusión de que Santiago Estrada fraternizaría conmigo á las primeras de cambio, y me encontraba inesperadamente con una resistencia pasiva, encerrada en los moldes de la más intachable urbanidad.

Aquel hombre que yo había juzgado previamente expansivo y franco, no quería entregarse sin luchar. Pretendía, sin duda, escudriñarme, penetrar en mi naturaleza, ver quizá si el concepto que tenía del escritor estaba en relación con la persona, y no hacer el don de su amistad sino después de un estudio meditado.

Dando vueltas á la razón que pudiera haber en la conducta de Estrada, comprendí que se fundaba en algo. Tengo muchos enemigos en España (¡Dios me los conserve y me los aumente!) y conozco la feroz persecución de que me hacen objeto.

¿Quién sabe si las calumnias esparcidas aquí, en contra mía, habían trascendido á Buenos Aires? La calumnia es el pampero del alma y tiene su misma velocidad.

Sí; Estrada obraba cuerdamente al no querer entregarse de corrido, y tanto más podía apreciar yo el fundamento de tal proceder, cuanto que mi temperamento, exageradamente comunicativo, me ha proporcionado siempre, me proporciona ahora y temo que siga ¡ay! proporcionándome en lo sucesivo muchos, muchísimos disgustos.

De todo ello saqué en limpio, que Estrada no quería rendirse sin luchar. El escritor argentino me convidaba á la batalla. Y como la lucha es mi debi-

lidad mayor, acepté desde luego, me apercibí á la pelea y entré en acción.

Al día siguiente, por la mañana, me presenté en el Hotel de Roma.

—¿Don Santiago Estrada?

—No está.

Volví por la tarde.

—¿Don Santiago Estrada?

—Ha salido.

Torné al anochecer.

—¿Don Santiago Estrada?

—No ha vuelto.

Este fué el éxito de la primera escaramuza. No había que desmayar y volví á la carga con denuedo.

Por la mañana:

—¿Está don Santiago Estrada?

—No, señor.

Por la tarde:

—¿Está don Santiago?

—No, señor.

Al anochecer:

—¿Está el señor Estrada?

—No, señor.

—Y diga V., ¿se podría saber cuándo está ese señor en casa?

—Á las horas de almorzar y de comer está algunas veces, otras veces no.

—Muchas gracias.

Y así terminó la jornada segunda.

Y la tercera, y la cuarta, y la quinta. No había manera de encontrar en su casa á don Santiago.

A los ocho días de acción, examiné sus resultados. Eran superiores: quedaba demostrado que Estrada

era invisible y que el importe de un artículo literario había pasado á las dulces manos de los cocheros de plaza.

La verdad, esta demostración me dejó helado. Tenía que apercibirme de nuevo, había gastado en balde una porción de municiones, y el descanso y un nuevo pertrechamiento se imponían como una necesidad.

¡Al diablo el Hotel de Roma! Ya que iba yo inútilmente á la montaña, era preciso esperar que la montaña viniese á mí. Hice por lo tanto coraje, y esperé.

Quince días después llegó á Madrid, procedente de Oporto y de paso para Italia, Roberto Stagno, quien me escribió una esquila invitándome á comer en el Hotel de París donde el famoso tenor se hospedaba.

Acudí al hotel y me encontré en el cuarto de Stagno á Santiago Estrada. Me saludó muy amable, deploró no haberse hallado en casa cuantas veces fuí á visitarle y, sin más explicaciones, nos sentamos á la mesa.

Stagno es decididor, Estrada no le va en zaga; y yo, por mi parte, dejando á un lado la modestia, hago siempre lo posible *per non seccar la gente*.

La comida fué animadísima: Estrada abrió la válvula de las anécdotas, yo traté de echar el resto, apelando al repertorio de cuentos y chismes más recientes de Madrid, y, ya caldeados por este ambiente, nos echamos á nadar en el delicioso océano de la murmuración.

Amen, amen dico vobis que si aquella noche no les chilló á muchos el oído izquierdo, que es el que chilla, según dicen, cuando se habla mal de alguno, á fe que lo tendrán más acorazado que la fragata *Numancia*.

Al separarme de Estrada, parecióme que su saludo

era más afectuoso, que su mirada era abierta y expresaba simpatía y que en aquella comida había ganado yo mucho terreno.

No sé cuántos viajes hice de nuevo al Hotel de Roma, encontrándome otras tantas con que Estrada no se había levantado todavía, había salido, ó no había vuelto. Lo que sí recuerdo es que, preguntando por él un día, á las cuatro ó las cinco de la tarde, dijéronme que estaba en su cuarto.

¡Gracias á Dios! Me abalancé á la puerta del aposento, situado en el piso bajo del ala izquierda del hotel, llamé, salió un criado y...

—El señor está en cama y no recibe.

Había agarrado un constipado monumental y digería el aire del Guadarrama, sepultado entre mantas, atiborrándose el estómago de aguas cocidas, de pastillas pectorales y de polvos de Dower.

¡Estaba escrito que no había de ver á Estrada en el hotel! Los Dioses Inmortales habían acordado que nuestras entrevistas se verificasen, como comensales, en torno de un anfitrión amigo de ambos.

Así se realizó la tercera, en casa de Menotti. Á la tercera va la vencida, dice el refrán; y á la tercera, en efecto, tuve la fortuna de vencer todas las resistencias del diplomático argentino y de iniciar con él una amistad, cuyos lazos se han estrechado de día en día hasta constituir íntimas relaciones de mutua consideración y afecto.

Habíame hablado varias veces Estrada de su entusiasmo por el noble y viril juego de la pelota y héchose lenguas de la habilidad de los pelotaris. En su devoción ocupaban lugares escogidos el Chiquito de Eibar, Elícegui, Mardura y Beloqui.

Precisamente tenía yo en el telar una obra titulada *La pelota y los pelotaris*, aun no terminada hoy, pero de la cual llevo escrita buena parte.

Entre los capítulos escritos se hallaba el dedicado á Elicegui. Lo llevé aquella noche y lo leí de sobremesa á Estrada, Menotti y Baldelli.

Cuando acabé la lectura, el hielo se había roto completamente: Estrada me abrazó, vi claramente que sus reservas habían desaparecido, entró en el acto en el terreno de la confianza, y para dar una prueba de ello, nos leyó de un modo admirable dos preciosas composiciones poéticas tituladas: *Al pasar* y *Nenia*, originales del popular poeta argentino Guido Spano.

Hasta aquel instante había sido yo un *conocido* de Estrada; en adelante fui su *amigo*.

Y entonces se trocaron los papeles. Como antes habíale tocado estudiarme, me tocaba ahora estudiarle á él. Lo hice con detenimiento; procuré llevar al escritor y al hombre todo mi espíritu de observación, y hoy creo conocer á Estrada lo bastante para dar una idea aproximada del ser social y del literato.

El lector discreto comprenderá que si he dado algunas proporciones á los anteriores relatos, no ha sido seguramente por necio prurito de exhibición, sino para justificar más tarde el fondo del carácter de Estrada, de quien voy á dar, por de pronto, algunas noticias biográficas.

Es hijo don Santiago Estrada de padres argentinos descendientes del español don Juan B. Estrada y del virrey don Santiago Liniers, defensor de la ciudad de Buenos Aires en la invasión inglesa de los años 1806 y 1807.

Fué educado en el aula de los padres franciscanos, salvadores de las letras durante la tiranía del dictador don Juan Manuel Rosas, que dió en tierra con la Universidad é Instituto de segunda enseñanza de Buenos Aires.

Estrada obtuvo uno de los primeros premios en el certamen sobre el Descubrimiento de América; como periodista figuró brillantemente en los diarios bonaerenses, *La Religión*, *Reforma Pacífica*, *Nación Argentina*, *Tribuna* y *Unión*; distinguióse como redactor en jefe de la segunda época de *La América del Sur* y fué fundador de *La Patagonia*.

Como diplomático se le confió la secretaría de la misión del doctor don Mariano Varela en el Paraguay, con el objeto de hacer práctica la doctrina del Tratado de la Triple Alianza, que establecía que la victoria no daba derechos al vencedor.

Después de haber pertenecido Estrada al personal del Ministerio del Interior, y de haber desempeñado el cargo de Inspector general de Escuelas, fué nombrado Secretario de la Legación Argentina en Chile, que tuvo por jefe al eminente publicista don Félix Frías, encargado de arreglar la cuestión de límites pendiente entre una y otra República.

Estrada dió en este cargo pruebas relevantes de su inteligencia y de sus estudios, entregando á su ilustre jefe preciados documentos encontrados por él en los archivos del Perú.

Esta cuestión trajo consigo más de cuatrocientos artículos ilustrativos del derecho argentino, publicados en *La América* por Estrada.

Con motivo de la guerra declarada á Bolivia y al Perú por el Gobierno de Chile, se constituyó en

defensor de las Repúblicas amenazadas, obteniendo de los bolivianos residentes en Buenos Aires, una pluma de oro, y de los peruanos avecindados en la misma ciudad, una placa del mismo metal, conmemorativa de sus servicios en favor de la independencia é integridad del territorio peruano.

Tal ha sido la carrera del ciudadano de la República Argentina. La vasta cultura del escritor y las dotes de cumplido caballero que adornan á Santiago Estrada, eran las más á propósito para suavizar asperezas y contribuir á un acuerdo, en las importantes ocasiones que quedan señaladas.

Con ser tan rápida la carrera pública de Santiago Estrada y haberle captado las simpatías de sus superiores, no señala, sin embargo, el punto culminante de su reputación.

En *L'Œuvre*, de Zola, hay una escena deliciosa, aquella en que Claude, Sandoz, Mahoudeau y Jory se detienen delante del Cuerpo Legislativo (Congreso de los Diputados) de París.

Jory habla de un discurso de Julio Favre, que ha molestado mucho al ministro Rouher.

La indignación de los tres compañeros de Jory estalla, al ver que éste se preocupa de la infecta política.

«Qui ça, Jules Favre? qui ça, Rouher? Est-ce que ça existait! Des idiots dont personne ne parlerait plus, dix ans après leur mort!»

Aparte la cómica exageración de la forma, hay gran fondo de verdad en asignar vida tan corta á la posteridad del hombre político.

La política, que es lo relativo, pasa; la literatura, que es lo absoluto, queda.

Santiago Estrada, como diplomático, hubiérase archivado pronto, como los legajos de un expediente internacional.

Su temperamento expansivo y ardiente, que las solapadas reservas de la diplomacia tratan en vano de disimular, le llamaba al arte á grito herido.

Y al arte acudió Estrada desde luego, y en el arte halló terreno adecuado donde su fantasía y su vigor meridionales encontraron desahogo, corrieron fecundos y se depuraron en la práctica y el estudio, hasta ostentarse, como se ostentan hoy, en toda su hermosa lozanía.

Diez años después de la muerte de Estrada, cabe dudar que el nombre del político durase, en medio de las continuas transformaciones, de los vaivenes, de las convenciones y ¿á qué no decirlo? de las falsías, de los amaños y de las explotaciones infames de la política.

Pero en la posteridad vivirá el literato, y nuevas generaciones sancionarán el fallo del tiempo presente y rendirán á la obra del artista el testimonio de admiración y cariño de que hoy se encuentra rodeada.

Este es el momento oportuno para resumir mi juicio sobre las condiciones del hombre y aplicarlas al carácter de la obra del escritor.

No hay sino fijarse en la pequeña odisea de mis relaciones con Estrada, y por eso precisamente he dado á su relato alguna extensión, para comprender que el escritor argentino presenta, como hombre, ciertos contrastes que casan directamente con su temperamento.

Nieto de español, hay en el carácter de Estrada el fruto depurado de la sangre meridional, pero nacido

y criado en Buenos Aires, donde el germen de lo nuevo ha llevado el cálculo y el raciocinio de la industria y del comercio, y el movimiento científico que á nuestro tiempo caracteriza, hay en Santiago Estrada cierto desequilibrio entre las frías especulaciones de la conveniencia y de la razón á que le han inclinado á veces sus aptitudes diplomáticas, y la exuberancia de dotes artísticas que la naturaleza le ha prodigado.

No puede decirse que existe dualismo entre estas corrientes del espíritu y del alma, porque el temperamento del artista se sobrepone siempre á las reservas del diplomático; pero Estrada llama á éstas en su auxilio, cuando pueden ayudar poderosamente al conocimiento del prójimo, y no abre las válvulas de la bondad, sino cuando tiene confianza de que la bondad ha de caer en buena parte.

Fuera de este matiz importante y del dulce hablar argentino que atempera la forma material de sus expansiones, todo en Estrada es bondad, bondad natural, bondad necesaria á que le impulsa imperiosamente la virtualidad de su propia naturaleza.

Hombre sano y hombre acomodado, no conoce ni la lucha por la salud ni la lucha por la existencia, y trabaja y gasta sin necios alardes, sin fanfarronerías de mal gusto, convencido de que entre la usura y el despilfarro hay un término medio.

Si Estrada hubiese abrazado la carrera eclesiástica, antójase que sus sermones hubieran reflejado la bienandanza de su cuerpo y de su espíritu, y que más hubiera hablado en ellos del cielo y de sus bellezas que del infierno y de sus horrores.

Porque ese ser lo reúne todo: la salud que equi-

libra el temperamento; la inteligencia artística que afina los placeres y extiende su campo; la pluma que proporciona, tratándose de lo bello en las artes, un triple gozo: el del sentimiento, el del desahogo y el de la comunicación.

Por su posición social en Buenos Aires, hállese Estrada relacionado con lo más importante y conspicuo de todas las clases de la República Argentina; sus trabajos de crítico le han puesto en contacto íntimo con todos los artistas que han hecho excursiones por la América del Sur.

Y esto ha ensanchado su entendimiento de tal suerte, que, ayudando á la frecuentación de todos los hombres notables en las artes, por medio de la asidua lectura de sus obras, con el trato personal de cuantas celebridades manda Europa á Buenos Aires, no hay asunto relacionado con cualquiera de las actividades de la inteligencia humana, que Estrada no trate con elevado criterio y en el cual deje de escucharse con gusto su autorizada voz.

Intelligentísimo en las artes del diseño, ha obtenido muchos cuadros durante su permanencia en Sevilla y en Madrid. El dinero le sirve para eso; libros, pinturas, esculturas, agua-fuertes; emplea su renta en favorecer á los artistas y embellece á la vez su casa de Buenos Aires.

La suerte, que le ha favorecido tanto, le ha otorgado también sus mercedes en aquello que busca el hombre con más ansiedad y encuentra raras veces en el mundo: la paz y la tranquilidad del hogar doméstico.

Estrada es soltero, pero, miembro de una familia dilatada, de la cual forma uno de los atractivos,

hermanas, hermanos, cuñados, primos y sobrinos á granel, como él independientes, le rodean siempre y le hacen objeto de constantes atenciones, en las cuales el afecto y la consideración se hallan repartidos á dosis iguales.

No he tenido necesidad de ir á Buenos Aires para convencerme de ello. En Madrid han estado con Santiago Estrada muchos parientes suyos y, entre ellos, su cuñado don Julián Martínez, una de las personalidades más distinguidas y simpáticas de la República Argentina, tipo meridional de los pies á la cabeza, jovial y expansivo, de mirada retozona y semblante abierto.

Gran rentista, metido hasta la barba en los Bancos y en la Bolsa y manejando cuantiosos capitales, Julián Martínez tiene algo del famoso duque de Morny, y la franqueza y cordialidad de su trato arrastran hacia él todas las voluntades.

Es Martínez la debilidad de Estrada, y lo es precisamente porque las reservas de éste caen á veces como ducha de agua helada sobre las impetuosidades de su hermano y crean entre los dos terribles antagonismos.

Apasionado y nervioso Martínez, es de esas naturalezas que necesitan la exaltación del contrincante para enardecerse y luchar con ventaja y en terreno igual.

La serenidad con que Estrada recibe sus objeciones y la calma aparente con que responde á ellas, exasperan á Martínez y lo ponen fuera de sí. Hombres así, y lo sé por propia experiencia, prefieren una bofetada á un gesto impertinente.

Y Estrada se entretiene, *ex abundantia cordis*, en

poner á prueba los ímpetus de su cuñado, en quien cinco minutos de silencio operan la reacción y hacen caer en brazos de Santiago, como niño en los de un hermano mayor á quien se respeta y se quiere entrañablemente.

Cuando Martínez de la Rosa escribió el célebre epitafio:

¿Cuñados en paz y juntos?
¡Bien se ve que están difuntos!

no conocía á Santiago Estrada y á Julián Martínez. que, de haberlos conocido, hubiera señalado una excepción.

Verdad es que don Francisco aludía, sin duda, á los cuñados españoles. Si los de Buenos Aires son como los que yo he tratado en Madrid, el epitafio no debe rezar más que con los indígenas de esta comarca.

Y si se quiere una prueba de ello, ahí van las siguientes frases de una carta de Martínez dirigida, pocos días ha, desde París, á un amigo:—«Le echo mucho de menos, porque nadie me hace rabiar. ¿Cuándo viene?»

Por el cariño inverosímil que Martínez profesa á Estrada, puede calcularse el que sentirán por éste todos los individuos de su familia.

En ese ambiente moral vive Santiago Estrada, halagado por el cariño de los suyos, bien quisto de cuantos frecuentan su trato, lleno de satisfacciones de toda especie, respirando el bien por todas partes, abroquelado en una atmósfera que no ofrece al mal resquicio alguno, y objeto perenne de afecto al

hombre y de admiración al escritor, dentro y fuera de casa.

La Sociedad Literaria fundada en Chile por el doctor Lastarria, el Club Universitario de Lima, la Asociación de la Cruz Roja y el Club Católico de Buenos Aires le cuentan en el número de sus socios más distinguidos; los más eminentes artistas le han dedicado autógrafos de inapreciable valor; ha sido obsequiado en Madrid por las entidades más elevadas en las artes y la política, y personajes como Cánovas del Castillo, Castelar y Núñez de Arce le han propuesto para Socio Correspondiente de la Real Academia Española.

Recuerdo que, hace algunos días, Estrada obsequió con fraternal banquete en el Hotel de Roma á varios amigos. Ya se sabe que del anfitrión depende siempre la mayor ó menor libertad de los comensales.

Pues bien, figurando en tal concepto personas tan respetables como el insigne don Ramón de Campoamor y el eminente maestro Arrieta, Manuel del Palacio, fabricante de sonetos al minuto; el conde de Casa Sedano; mi amigo y compañero Pedro Bofill, reputado escritor y crítico de *La Época*; Joaquín Arimón, redactor hoy de *El Liberal* y futuro y entusiasta bonaerense; Sañudo Austrán, de *La Correspondencia de España*; Carlos y Pedro Estrada; Armando Palacio Valdés, uno de los novelistas más apreciados y populares de España y el más leído quizá fuera de ella; Durán y Cuervo, oficial del Ministerio de Estado y ex representante del Gobierno español en la República Argentina y otras personas no menos distinguidas, dejando aparte al autor de las presentes líneas que se sentó también entre los invitados; figurando, lo

repito, como comensales, cantidades tan heterogéneas, la bondadosa franqueza del anfitrión bastó para que inmediatamente se encontrasen todos en familiar ambiente y se verificase el banquete en medio de la mayor y más agradable cordialidad.

El aroma del café, el alcohol de los licores y el humo de las regalías, convirtió luego la comida en velada artística y literaria, y el fuego graneado de chistes y agudezas, fué un ponche imprevisto que el ingenio de todos sirvió á Santiago Estrada.

Don Ramón nos dijo el siguiente pareado, que había escrito recientemente en el álbum de María Nandin:

María; es, además de sentimiento,
tu mirada una luz con pensamiento.

Y en su eterno amor al eterno femenino, brindó por las mujeres bonaerenses residentes en España.

Estrada devolvió la cortesía brindando por las españolas residentes en cualesquier parte, pero, principalmente, por una hija hermosa del maestro Arrieta, que tiene su morada en el corazón de los bonaerenses: por *Marina*.

Conmoviéndose don Emilio, y obedeciendo á sus impulsos humorísticos, respondió:—Gracias, aun cuando no ha hecho participe de la fortuna á su padre.

Terció otro y le replicó:—Le ha dado en América todo lo que podía darle: gloria.

—¿Existe Buenos Aires?—preguntó don Ramón, porque estoy á punto de creer que esa ciudad es un mito.

—Existe, — contestó el anfitrión, — y V. es más que vecino de ella: vive en la memoria y en el corazón de sus hijos.

Manuel del Palacio nos contó que el general argentino, ex-presidente de aquella República, el famoso estadista y valiente militar don Bartolomé Mitre, no había querido dar fe á los que le aseguraban que cierto soneto del poeta español era improvisado, porque le parecía demasiado hermoso y castizo para ser producto de la improvisación.

Y añadió Palacio que el general se había declarado vencido, al verle improvisar sonetos en varias ocasiones.

Con este motivo quisimos someterle, *séance tenante*, á la misma prueba, y propusimos al poeta que improvisara un soneto del cual se escribieran previamente los consonantes.

Aceptó Palacio sin vacilar, y Campoamor se encargó, por voto unánime, de la última palabra de cada verso, para lo cual sacó un lápiz y escribió sobre una hoja de papel la siguiente larva poética:

DESPUÉS DEL CAFÉ

.....	Estrada
.....	Palacio
.....	espacio
.....	jornada
.....	destapada
.....	San Ignacio
.....	rehacio
.....	pitada
.....	comida
.....	donaires
.....	Arnida
.....	desaires
.....	cumplida
.....	Buenos Aires.

Cogió el papel Manuel del Palacio, pusímonos todos á hablar con estrépito y, á los pocos minutos, la larva se había convertido, en manos del poeta, en la mariposa siguiente:

Quiero, en honor de nuestro amigo *Estrada*,
con la lealtad ya rara en un *Palacio*,
aunque el tiempo me falte y el *espacio*,
acabar como cumple esta *jornada*.

Mi musa, libre siempre y *destapada*,
aunque la edad me torne en *San Ignacio*,
esclava de mi espíritu *rehacio*,
da siempre que yo quiero su *pitada*.

Lo mismo en el final de una *comida*
que escuchando sentencias y *donaires*
ó persiguiendo en su jardín á *Armida*,
yo olvido de la suerte los *desaires*,
para brindar con voz y alma *cumplida*
por la gloria y la paz de *Buenos Aires*.

Todavía duraban los ecos de la ovación con que acogimos todos este *tour de force*, cuando pidióse á Arrieta que tocase alguna pieza de *Marina* en un piano que había en el salón.

Y don Emilio no se paró en melindres, sino que, sentándose al piano inmediatamente, ejecutó muy serio y con un digitado inenarrable, la barcarola y las seguidillas de su popular y admirable zarzuela. Yo le oía estupefacto. En veinte años de trato constante, le había visto ejecutar acordes y llevar una melodía con un par de dedos de la mano derecha; pero tocar de cabo á rabo dos piezas, con el desenfado de un *gavroche* y la holgura de un discípulo de Zabalza!...

Se necesitaba llamarse uno Santiago Estrada para

que el maestro se remozase de aquel modo y pusiese de manifiesto una habilidad para mí desconocida.

Después de Arrieta, leyó Estrada un fragmento de su libro de viaje, titulado *Las fiestas de Sevilla*, que fué, como una romanza cantada por Gayarre, interrumpido por los bravos y acogido, á su final, con una ovación entusiasta.

Y Palacio Valdés puso término á la velada con la lectura de un cuento de punzante realidad, cuyas bellezas cautivaron al auditorio.

En la fraternal comunidad de ideas que ligaba allí á todos los concurrentes, se reveló, puede decirse que al desnudo, la personalidad, el carácter de Santiago Estrada, y á todos fué dado apreciar el caudal de bondades que atesora y la corrección exenta de todo empaque en que aparecieron el hombre de mundo, el literato y el caballero.

El escritor argentino reúne, pues, á los atractivos de un alma dispuesta siempre al bien, la finura del cortesano, la exquisita ductilidad social del que domina lo que llaman los franceses *la tenue*, y ese aire desenfadado, sin amaneramientos, que caracteriza al *bon vivant*.

Tal me ha parecido el hombre en Santiago Estrada, y tal como me ha parecido lo presento á los lectores, siguiendo el procedimiento de Ventura de la Vega, citado en el comienzo de este estudio.

Al tratar de la colección de artículos que forma este volumen bautizado por su autor con el adecuado título de *TEATRO*, he de ser parco en apreciaciones.

Mi objeto principal era presentar á Estrada, hablar del hombre, penetrar en su manera de ser y bosquejar un retrato que despertara el interés de los

lectores y los atrajese hacia las páginas de este libro.

Cumplido ese objeto, lo demás toca al lector. Permitaseme, sin embargo, dar una idea general del temperamento literario de Estrada y tratar, aunque someramente, de las cualidades de su estilo.

Antes de tratar personalmente al escritor argentino, creía yo que sus aficiones literarias se contraían exclusivamente á la crítica musical, puesto que sólo trabajos de esta clase habían llegado á mis manos.

Hasta hace dos meses, no he tenido conocimiento de la portentosa fecundidad del literato, de la diversidad de géneros que cultiva su talento y de la admirable facilidad con que se mueve en todas las ramas de la bella literatura.

Trasunto fiel de esa envidiable flexibilidad del talento de Estrada es este libro. TEATRO lo llama su autor, y teatro es, efectivamente, donde en pintorescas escenas llenas de color y bañadas por un sol resplandeciente que, á fuerza de fascinar, proporciona á veces la ceguera y el vértigo, se desarrolla la naturaleza poética de Estrada impetuosamente, como un torrente desbordado, con trepidaciones de intensa luz que deslumbran, con palpitations de color que llaman al mareo, con sangre ardiente é histérica nerviosidad que atraen, repelen, asombran, engañan, convencen y le hacen caer á uno jadeante á los pies del hipnotizador.

Aquí me encuentro en terreno propio y he de emitir mi parecer sin ambages ni rodeos. Soy amigo de Estrada, *sed magis amica veritas*.

El estilo del escritor bonaerense tiene algo del espejuelo con que se caza á las alondras; tiene las irradiaciones y los fulgores del sol del Mediodía, sol

cuyos efectos ha pintado de mano maestra Alfonso Daudet en su adorable *Tartarin de Tarascon*, cuando dice:

«El hombre del Mediodía no miente, se equivoca. No dice siempre la verdad, pero cree decirla... La mentira suya, no es mentira, es una especie de espejismo...»

En Estrada existe este espejismo á veces; ya se convencerá de ello el lector, cuando arrastrado por una sucesión de imágenes bellísimas, cuando subyugado por el arranque de la expresión, por el sabor del concepto y por la brillantez de la metáfora que forman en el período un *crescendo* formidable, llegue á la peroración palpitante y sudoroso, cegado por tanta claridad, buscando con ansia una penumbra.

Maestro en el arte de los contrastes, Estrada, que ha derramado torrentes de luz, ofrece en el acto sombras bienhechoras, apela á la media tinta y prepara con amorosa solicitud el oasis que ha de ofrecer al viajero breves momentos de descanso.

Pero incansable él, quiere que los demás lo sean; y no bien rehecho el cuerpo de las fatigas de la excursión, Estrada le obliga de nuevo á enderezarse, empuja otra vez al viajero y emprende con él etapa vigorosa, lanzándolo por los campos de la fantasía, bajo los rayos de un sol que ciega la vista y abrasa el cerebro.

Quien no es poeta, no es artista, no es escritor, no puede sentir la belleza ni comunicarla á los demás.

Estrada es poeta ante todo, poeta en prosa, con intensidad de sentimiento excepcional, que escribe con fuego y quema todo cuanto toca con la pluma.

El diplomático no existe aquí, la razón desaparece y el corazón reivindica todos sus derechos.

Y como el corazón de Estrada siente hondo y su fantasía le lleva imperiosamente al aire libre de la naturaleza, *alma parens*, de ahí que el estilo del escritor, arrastrado por el temperamento de éste, corra como una lava sobre las descripciones de hombres y de cosas, dejando un reguero de imágenes, un perfume de esencias, una lluvia de flores, algo que trae á la memoria los Santos y las Santas, las relucientes casullas, las doradas mangas, el aroma del incienso y la majestuosa marcha del palio, despidiendo rayos de fuego, en solemne y brillante proceción.

Estrada pinta más que escribe, y basta leer sus artículos, para convencerse de que el prosista no se encuentra á gusto sino cuando llama en su auxilio al pintor.

Sus paisajes son más de un Watteau que de un Rembrandt; sus cuadros de género viven en más de una ocasión en pleno convencionalismo; los bocetos de figuras benefician á veces mucho del préstamo que Estrada les hace de sus propias emociones; pero la mágica paleta del artista reparte con tal profusión los colores, el alma del poeta subraya con tan acerada expresión cuanto palpita en ellas y extrae con delicadeza tanta la poesía que flota en todos los ambientes, que encantado el oído al percibir aquella melodía de la prosa que suena con ritmos impalpables, síguete con ansiedad, se la asimila sin tardanza y acaba por formar cuerpo común con un artista que con tal elocuencia le convida á la contemplación deleitosa de lo bello.

Estrada es idealista, en general, y en el fondo de todos sus pensamientos vibran la fe del creyente y el fervor del cristiano. Para él las impurezas de la realidad no entran en el arte, sino á título de contadísimas excepciones, y así se explica su optimismo casi sistemático, que se resiste á analizar las escorias del alma.

Touriste de la vida, recorre su camino sembrando flores más que abrojos; y nervioso, como lo es, apasionado y sensible, prefiere la embriaguez de la naturaleza bella, á los problemas fisiológicos y á las disecciones del corazón.

Confieso paladinamente que en esa palpitante cuestión del idealismo y del realismo median, generalmente, grandes distancias entre Estrada y yo, puesto que las realidades de la vida me atraen y seducen mucho más que al escritor argentino; pero esto no obsta para que yo respete como el que más sus arraigadas creencias, envidie su fantasía poética que tiene mucho de ensueño y admire con entusiasmo las relevantes dotes que la naturaleza ha prodigado á Santiago Estrada.

Esas dotes brillan con fuerza insólita en el volumen que me toca recomendar á la atención del público.

Numen romántico, atractiva elocuencia, erudición vastísima, descripciones admirables, sentencias profundas, metáforas henchidas de color que iluminan los conceptos con vivos resplandores, sentimiento reconcentrado, ternura comunicativa, garbosa espontaneidad, todo eso bulle en este **TEATRO** y constituye una serie de episodios dramáticos, en su mayor parte, sin *misc en scène*, que se desarrollan al antojo

del artista, en armonioso desorden que encanta, cautiva, instruye y entretiene.

Rossi y Salvini, la Duse y Sarah Bernhardt, Gayarre y Stagno, Wagner y Meyerbeer, Calderón y Tamayo, Gemma Cuniberti y Adelina Patti, el *Otello* de Verdi y *Romeo y Julieta* de Gounod, Adelaida Tessero y Giacinta Pezzana, *El Trovador* y *Sullivan*, Antonio Vico y Lucía Pastor, *Lohengrin* y *La Gioconda*, Herminia Borghi-Mamo y el *Mefistófeles* de Boito, todo eso forma una serie de bocetos, notas brillantes, piedras preciosas, que la rica imaginación y el poderoso talento de Estrada dejan en el camino, con la prodigalidad de un Crespo.

El lector las examinará; el lector verá sus fulgurantes facetas, sus limpiísimas aguas y sus quilates valiosos; admirará las maravillas del engarce y batirá palmas á la maestría del lapidario.

Hay en Estrada, además de las cualidades que citadas quedan, una que no hace sino apuntar en las páginas de su **TEATRO**: el humorismo.

El escritor bonaerense maneja la sátira de un modo que rompe esa armonía de la bondad á que su temperamento parece inclinarle casi sistemáticamente.

No sólo en la conversación particular, sino en muchos artículos de costumbres y, sobre todo, en las ardorosas controversias de la polémica, la pluma de Estrada se transforma por completo y tiene durezas y desdenes que chocan violentamente con la transparencia y placidez generales de su estilo.

El crítico posee, en esos casos, una perspicacia excepcional para abarcar serenamente el lado ridículo de las cosas, una intención extraordinaria para envenenar sus frases con aceradas reticencias y una

calma imperturbable para conservar en todas ocasiones la sangre fría que los ataques del adversario suelen quebrantar tan fácilmente.

Por este concepto, Estrada es escritor satírico de mucho cuidado, hombre que no pierde el equilibrio jamás y dueño de todos los recursos que proporciona el chiste al que sabe manejarlo con sagacidad.

Sus acrimonias, con ser violentas y punzantes, no traspasan, sin embargo, nunca los límites del buen gusto; la ponzoña está muchas veces cubierta de flores, pero la herida que produce es, por eso mismo, más honda.

Esto ha valido á Estrada numerosos enemigos que le atacan sin piedad y á los cuales vence con esa *cuadratura* literaria y social que forma, en derredor del escritor y del hombre, formidable coraza, y le convierte, sin género alguno de duda, por la universalidad de sus conocimientos, por la brillantez de su estilo y por el arsenal que ponen á su disposición la erudición y el talento, en uno de los escritores más eminentes y simpáticos de la República Argentina.

No quiero terminar este estudio biográfico y crítico sin solventar una cuenta con Estrada, cuenta particular é íntima que constituye un deber y dará margen á un desahogo de mi alma.

Sabido es que los vascongados forman en Buenos Aires colonia numerosísima y poderosa, que vive, trabaja, produce y se mueve allá, como en casa propia.

Estrada ha consagrado á mis paisanos un artículo titulado *Plaza Eúskara*, dedicado á la solemne inauguración del juego de pelota construido en la capital

de la República Argentina por la sociedad *Laurak-Bat*.

Ese artículo no figura entre los coleccionados en este libro, pero lo he leído en pliegos y su lectura me ha producido intensísima emoción.

Es de lo más hermoso que, en lengua castellana, se ha escrito sobre los vascongados, y yo quiero reproducir aquí sus párrafos más importantes.

Oíd, vascongados, mis hermanos, oíd á Estrada y enorgulleceos:

« Los vascongados que vengan á este país, sabrán adónde han de dirigir sus pasos, y allí, en un rincón de la populosa ciudad, hallarán un templo, una escuela, un punto de reunión, con sus juegos sencillos como las flores de Gorbea, con sus palmeros como los de Deva, con sus trovadores inspirados por las bondades de la naturaleza en el valle de Álava, ó los horrores de las tormentas marinas de Fuenterrabía, con sus tamboriles que los llamaban á Misa y los convidaban después al baile, con sus zortzicos, que imprimían su ritmo al corazón del mancebo, con sus danzas calcadas en el pasado guerrero de una raza inconquistable, más fuerte que los robles y las piedras de sus montañas, tan floridas en la vertiente francesa, como imponentes en la vertiente española. Y la vista de este templo, en que se adorará al Dios que enseñara al vizcaíno á amar la patria y la libertad, al contemplar esa escuela en que se prodigará la leche y la miel de la buena doctrina, y esa plaza en la que con alma sana y alegre corazón se descansará de la fatiga que pone la sal en el pan, y al descubrir el retoño floreciente del árbol tradicional, á cuya sombra, durante siglos y siglos, los reyes, los

señores, los ancianos y los nobles de la comarca trataron los asuntos de Euskaria, verán surgir ante sus ojos, aguados por la emoción, el monte, el campo, el caserío, el campanario y el templo que dejarán, prestando oído á los reclamos de la fortuna, que los llamaba desde este lado del Océano.

» Á nosotros, descendientes de españoles, que como ellos oramos al verdadero Dios en la más sonora de las lenguas, no pueden sernos indiferentes estas fiestas, estos regocijos de los vascongados, que, sin ofensa de nadie, son entre los huéspedes amigos del país, los representantes del trabajo personal, de la constancia en los propósitos, de la limpieza en los tratos; productores y consumidores á la vez, que abonan el surco con el sudor, si pobres, y derraman al paso el oro, á guisa de semilla, si ricos; pobladores de desiertos, sin que haya peligro que los detenga, y enemigos de habitar las cárceles, aunque sea en buena compañía, porque el delito los amedrenta; con la garra del león para mover el fardo ó la encina, y el corazón de la paloma tratándose de afectos ó de infortunios, al platicar de la amada que les espera al pie del rosal de su huerto, ó al recordar á la madre que está debajo de tierra en el cementerio del pueblo natal.

» Sí, á nosotros, descendientes de españoles, y americanos agradecidos al contingente de fuerza moral y física que el vascongado importa á América con su persona, nos toca celebrar alborozados la gran fiesta, la fiesta trascendental, que tiene lugar á orillas del Plata.

» Admiradores de esa raza viril y generosa, hemos querido recordar á nuestros paisanos tal obligación,

dejando caer, mezquinas y mustias, algunas flores al pie del naciente árbol descendiente del roble de Guernica.

»Hacemos votos porque él crezca como la familia vascongada, recordando también á todos los que la forman, que la Plaza Euskara de Buenos Aires, es la plaza de cada una de sus Provincias, reproducida por el amor y la memoria de la lejana patria, y que en ese recinto deben festejarse las comunes alegrías, llorarse los dolores comunes, apagarse los odios, y dar entrada en el alma á la alegría de la sana conciencia que asoma al rostro de los justos, para decir á todos: «esa prenda de paz interior, distingue á los hombres de buena voluntad!» ¡Séanlo siempre los vascongados en todas las latitudes de la tierra!»

No; jamás la voz de la elocuencia, jamás el hervor del sentimiento han vibrado, como en esta ocasión, al calor de la inspiración de Estrada.

Yo he leído eso, ¡oh vascongados, mis hermanos! Yo lo he leído una y otra vez; lo he leído aquí, en Madrid, en la ciudad de la lucha, de las envidias, de los atropellos, donde he gastado mi juventud y curtido el alma, guipuzcoano expatriado, árbol sin riego, planta sin luz, condenada á retorcerse en el martirio de interminable nostalgia.

Y al recorrer esas líneas candentes, al contemplar esa inmarcesible corona que Estrada ciñe á vuestras sienas, lágrimas de gratitud han corrido por mis mejillas, y mi corazón ha traspasado el Atlántico y os he abrazado y os he besado en Buenos Aires.

Y un deseo loco de estrecharos contra el pecho ha germinado en mí y me atormenta y me persigue como una obsesión.

¡Bien haya la raza viril, bien haya el noble hijo de Euskaria, que presta tales acentos á la argentina inspiración!

Formáis legión en Buenos Aires, sois parte integrante de la gran República; y vuestro entero carácter, vuestra rectitud innata, vuestra inmaculada honradez han logrado arrancar al numen del poeta canto envidiable de exaltación y de gloria.

Ramas del mismo tronco, habéis inoculado en lejanas tierras la savia incomparable de vuestro temperamento excepcional.

Respiráis allí nuestro ambiente propio, vivís vuestra vida, practicáis vuestras costumbres, y pedís al trabajo diario, rudo, inacabable, vuestra libertad y vuestra redención.

¡Felices vosotros que encontráis en los ásperos vaivenes de la existencia el oasis para la vejez! Felices vosotros que reedificáis, fuera de la patria, el gran edificio de la etnología provincial! ¡Y felices mil veces vosotros, oh vascongados, mis hermanos!, que halláis en apartadas regiones la pluma de oro de Santiago Estrada, esa pluma impagable que ha hecho de vosotros una apoteosis, que os ha sublimado, que os ha idealizado y os muestra de par en par abiertas las puertas de la inmortalidad!

* * *

Temo que la extensión que ha alcanzado este estudio bibliográfico, haya molestado muchísimo al lector. Por lo cual, doy término á mi trabajo con las adorables frases de Manzoni que cierran su inmortal novela *I promessi sposi*:

«La quale (storia), se non v' é dispiaciuta affatto, vogliatene bene a chi l'ha scritta, e anche un pochino a chi l'ha raccomandata. Ma se invece fossimo riusciti ad annoiarvi, credete che non s' é fatto apposta».

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid y Mayo á 16 de 1889.



